

LA DERROTA  
DE NAPOLEÓN  
EN RUSIA



## A LOS VETERANOS DE LA *GRANDE ARMÉE*

Compañeros:

Esta obra va dirigida a aquellos de vosotros a quienes desarmaron los hielos del norte y que sólo pueden seguir sirviendo a su patria a través de los recuerdos de sus desgracias y su gloria. Obligados a detener vuestra noble carrera, existís más en el pasado que en el presente, aunque cuando los recuerdos son tan importantes, está permitido vivir tan sólo de ellos. Así pues, al recordar la más funesta de vuestras hazañas militares, no me da miedo turbar un descanso por el que hubo que pagar un precio tan alto. ¿Quién de nosotros ignora que, desde las tinieblas, las miradas de los hombres caídos se vuelven involuntariamente hacia su pasado, hasta que la luz se posa sobre el escollo que acabó con su fortuna, alumbrando los restos del mayor de los naufragios?

Confieso que, incluso a mí, un irresistible impulso me conduce sin cesar hacia esa desastrosa época de infortunios públicos y privados. No sé cuál es el triste placer que experimenta mi memoria al contemplar y reproducir las dolorosas huellas que le dejaron tantos horrores. ¿Acaso el alma también se siente orgullosa de sus profundas y dolorosas cicatrices? ¿Se complace en mostrarlas? ¿Acaso es un bien del que deba enorgullecerse? ¿O es que, tras el deseo de saber, su mayor necesidad es la de compartir lo que siente? ¿Acaso sentir y enseñar son los motores más poderosos de nuestra alma?

En cualquier caso, sea cual sea el motivo del sentimiento que me arrastra, cedo a la necesidad de volver a recrear todas las emociones que sentí durante aquella funesta guerra. Quiero dedicar mi tiempo libre a desentra-

ñar y a poner orden en mis confusos y dispersos recuerdos. ¡Y también invoco los vuestros, compañeros! No dejéis escapar unos recuerdos así de grandes y por los que hubo que pagar un precio tan alto; para nosotros son el único bien que el pasado ha legado al futuro. Solos, enfrentados a tantos enemigos, caísteis con más gloria que la que les hizo levantarse a ellos. ¡Aprended a sentirnos vencidos sin avergonzaros! ¡Alzad vuestras nobles frentes, surcadas por toda la ira de Europa! ¡No bajéis esos ojos que vieron tantas ciudades sometidas y tantos reyes vencidos! Sin duda alguna, el destino os debía un reposo mucho más glorioso, pero, sea cual sea, sólo depende de vosotros que lo empleéis con nobleza. Contadle vuestros recuerdos a la historia: la soledad y el silencio favorecen su labor, y que la verdad, siempre presente en las largas noches de adversidad, ilumine las vigili-  
as que no sean infructuosas.

Yo me otorgaré el privilegio, a veces cruel y otras glorioso, de contar lo que vi, reconstruyéndolo quizás con una precisión demasiado escrupulosa, hasta el último detalle. Sin embargo, creo que nada era minucioso en ese genio prodigioso y en sus gigantescas hazañas, sin las cuales no sabríamos hasta dónde es capaz de llegar la fuerza, la gloria y el infortunio del hombre.

# I DESDE EL RHIN AL NIEMEN



## COMPAÑEROS MÍOS:

He decidido escribir la historia de la *Grande Armée* y de su jefe durante la campaña de 1812.

Desde 1807 los ejércitos franceses habían ido avanzando por el territorio comprendido entre el Rhin y el Niemen; estos dos ríos constituían los límites del extenso campo de operaciones. A fuerza de dar su asentimiento en Tilsit a las amplias exigencias de Alejandro I, y a expensas de Prusia, de Suecia y de Turquía, Napoleón no sólo se había ganado la voluntad del Zar; el tratado de Tilsit significaba, en rigor, la sumisión de Rusia y su incorporación al sistema continental. Napoleón tenía declarada una guerra a muerte a los ingleses; iba en ello su honor, la existencia del Imperio y la de Francia. El bloqueo por tierra de las Islas impedía la entrada en el Continente a toda mercancía británica, o que hubiera pasado en tránsito por Inglaterra. Su éxito dependía de que cooperasen en el sistema todas las naciones europeas; y esto sólo podía lograrse por medio del dominio único y universal de toda Europa.

Por otra parte, Francia tenía sujetos a los pueblos mediante sus conquistas, y a los reyes por su revolución y por la imposición de su nueva dinastía. No podían existir para el Imperio amigos ni rivales; solamente súbditos, pues los primeros hubieran resultado falsos y los otros implacables. Por lo tanto, era preciso que todos se sometieran o que Francia los dominara.

Por mucho que hubiera levantado tronos adictos en el Sur y en el Oeste, Napoleón no perdía de vista el gran trono del Norte, el de Ale-

jandro, siempre dispuesto a enfrentársele, y que constituía para el Emperador una continua amenaza.

Impulsado por su propia situación y por su espíritu emprendedor, Napoleón concibió el vasto proyecto de convertirse en el único amo de Europa y de domeñar a Rusia arrebatándole Polonia.

Para llegar hasta el imperio del Zar era necesario dominar Austria primero, cruzar el territorio prusiano y abrirse paso entre Suecia y Turquía; por ello era indispensable concertar una alianza ofensiva con estas cuatro potencias. Austria se hallaba sometida y Prusia ocupada por los ejércitos de Napoleón; bastaría con mostrarles la carnada. Austria se lanzó sobre la presa por su propia iniciativa; el Emperador convenció fácilmente a la segunda. Prusia, encerrada en las mallas de acero que le imponía el tratado del 24 de febrero de 1812, se resignó a poner a disposición del Ejército francés veinte o treinta mil hombres, sus fortalezas y sus almacenes de pertrechos.

Austria, en cualquier caso, había hecho sus cálculos antes de lanzarse a la empresa. Emparedada entre los dos colosos del Norte y del Oeste, vio con satisfacción cómo se enzarzaban; esperaba que se debilitaran mutuamente, de modo que su propio poderío se acrecentase, en la medida que menguaba el de las otras dos grandes potencias. El 14 de marzo de 1812 prometió treinta mil hombres a Francia; pero sus jefes militares recibieron instrucciones secretas. Austria obtuvo la promesa de nuevos territorios como pago a su contribución en la guerra; el tratado secreto francoaustríaco menciona, concretamente, la anexión de la Galitzia. En cualquier caso, el emperador de Austria consentía en ceder, llegado el caso, parte de aquella provincia al reino de Polonia. Como compensación se le prometieron las provincias ilirias; el artículo sexto del tratado así lo atestigua.

Sin embargo, en sus planes políticos, el Emperador no debió limitarse a satisfacer los anhelos de Austria por la posesión de la Galitzia. Había un factor mucho más decisivo: después de su entrada en Vilna, Napoleón hubiera debido proclamar la liberación total de Polonia, en lugar de entretener al país con dilaciones y vagas promesas.

Fue un error fundamental, sobre el cual es preciso insistir, y que determinó todo el porvenir político y militar de la campaña de Rusia. Porque, sea que Napoleón confiase excesivamente en la superioridad de su genio, en la fuerza de su ejército y en la debilidad de Alejandro;

sea que, dándose cuenta del avispero que dejaba a su espalda, creyera que en un teatro de guerra tan lejano, las operaciones militares no podían llevarse a cabo según los cánones ortodoxos; o bien –según él mismo nos revelaría más tarde–, porque no pensaba que la cuestión tuviese transcendencia, el hecho es que omitió proclamar la liberación del país que pretendía venir a salvar, o por lo menos decidió aplazarlo. Con lo cual perdió la ocasión de ganar un sólido apoyo en su inmediata retaguardia.

El Emperador no se preocupó siquiera de limpiar las provincias meridionales polacas de las débiles fuerzas enemigas que, levantando la bandera del patriotismo, convocaban al país para la insurrección, y al fin lograrían establecer una fuerte base de operaciones.

*La Grande Armée* disponía de seiscientos cincuenta mil hombres. Napoleón creyó que bastarían para lograr la victoria. Pero su estrategia política fue muy otra de la que debió ser: En lugar de sacrificarlo todo a la victoria, pretendió alcanzarlo todo por medio del triunfo: se sirvió de la victoria como un medio, cuando en realidad tenía que haber sido su objetivo primordial. La victoria se había convertido para él en necesidad imperiosa. Pero contó demasiado con ella; depositó en el triunfo tales esperanzas, que al fin lo hizo urgente e indispensable. De ahí vino su apresuramiento por alcanzarlo, para resolver por su medio una situación crítica.

Los dos tratados con Austria y Prusia abrieron a Napoleón el camino de Rusia; pero, para penetrar hasta lo profundo de aquel imperio, era preciso contar también con Suecia y Turquía.

Ahora bien; Rusia es una inmensa prolongación de Europa, cuyos flancos se apoyan en los helados mares del Norte y en los cálidos del Sur. Sería difícil, si no imposible, forzar al gobierno ruso a la sumisión, a no ser mediante la total conquista del país a través de una larguísima campaña en la que habría que vencer tanto el clima como las distancias. De ahí que resultase imprescindible la colaboración de Turquía y de Suecia. Era necesario tal apoyo para sorprender al Zar, atacar a Rusia en el corazón, en la moderna capital que se asoma a Occidente, San Petersburgo, y arrojar a sus grandes ejércitos hasta lo más hondo de los inacabables territorios. Nunca debió preverse la ofensiva en un sólo sector del frente, en la zona de las grandes llanuras, precisamente en el lugar donde las distancias harían imposible la

destrucción del ejército enemigo, que siempre dispondría de mil caminos abiertos a su retirada.

Así pensaban hasta los menos listos de nuestro ejército; todos suponíamos que se produciría la marcha combinada del gran Visir hacia Kiev, y de Bernadotte<sup>1</sup> a través de Finlandia. Ya se contaban diez monarcas bajo las banderas de Napoleón. Pero los dos soberanos que más podían contribuir al éxito de la empresa, no se habían adherido a la misma.

Cuando el Ejército francés se encontraba engolfado ya en las interminables llanuras rusas, llegó la noticia de los funestos tratados que Alejandro había suscrito con los turcos y los suecos. Todos mirábamos inquietos a nuestra derecha desamparada, a nuestra débil izquierda, y pensábamos en las amenazas que se cernían sobre nuestra retaguardia.

El Emperador de los franceses, muy comprometido ya en su avance, confiaba en el poderío de su ejército. Una victoria en el Niemen compensaría los factores diplomáticos que quizá había descuidado. Una buena victoria, y todos los príncipes de Europa, deslumbrados por el fulgor de su estrella, se apresurarían a entrar en la coalición; el triunfal torbellino arrastraría a todos los satélites.

El 9 de mayo de 1812, Napoleón, siempre victorioso hasta entonces<sup>2</sup>, abandona el palacio de las Tullerías, adonde habría de volver totalmente derrotado.

Desde París a Dresde, el viaje del Emperador se desarrolló entre arcos triunfales y ovaciones. Para salvar el amor propio, los alemanes procuraban olvidar que Napoleón era un individuo de carne y hueso; a no ser que fuese la germana inclinación a lo maravilloso lo que les hacía considerar al Emperador como un ente sobrenatural. Fuera de sí, arrastrados por la universal opinión, daban ya por hecho el triunfo final de los franceses, bajo la dirección de su guía genial. Las multitudes se arracimaban al paso del Emperador. Los príncipes abandonaban sus residencias para deshacerse en muestras de respeto ante el árbitro de su destino. A la zaga de Napoleón, venía la Emperatriz y una numero-

---

<sup>1</sup> Mariscal de Napoleón que ocupaba el trono de Suecia. Es el fundador de la dinastía actualmente reinante. (*N. del T.*)

<sup>2</sup> El autor olvida los sinsabores que las tropas francesas estaban experimentando a la sazón en España. (*N. del T.*)

sa corte; iban al encuentro de una guerra lejana y llena de peligros en el estado de espíritu de los que regresan ya triunfantes. No era de esa forma como antaño Napoleón encaminábase a los campos de batalla.

El Emperador quiso que Francisco II de Austria, los reyes y una multitud de príncipes, acudieran a Dresde. Su deseo se vio cumplido; todos fueron puntuales a la cita, unos guiados por la esperanza y otros arrasados por los demás. Al actuar de comparsas en el triunfo de Napoleón, los príncipes no comprendían que de este modo acentuaban su propio desprestigio, en la medida que procuraban nuevos timbres gloriosos al Emperador de los franceses: Cada grito de admiración que salía de la plebe significaba un reproche contra los soberanos; el éxito popular del Emperador remachaba su propio fracaso.

Para los príncipes, aquella entrevista de Dresde hubo de constituir un amargo trago. Fácil resulta imaginar los sentimientos de odio que albergarían en su seno. En especial, la emperatriz de Austria –cuyos padres habían sido desposeídos en Italia por el general Bonaparte–, difícilmente conseguía disimular su rencor. La tirantez se hizo ostensible desde los primeros instantes. Napoleón procuraba dominar la situación a fuerza de sonrisas, mientras la emperatriz austríaca seguía utilizando las armas de su ingenio y de su gracia para cautivar el corazón de los príncipes, sus vasallos, y procurando por todos los medios obstaculizar los planes del Emperador.

La reunión de Dresde resultó un total fracaso, a pesar de que Napoleón creía haber conquistado todos los corazones. Y entretanto, mientras aguardaba noticias de su ejército, cuyas columnas seguían avanzando por tierras y cañadas, el Emperador se ocupaba principalmente de política.

El general Lauriston, embajador de Francia en San Petersburgo, recibió la orden de solicitar al Emperador ruso autorización para desplazarse a Vilna, donde recibiría instrucciones en cuanto a una propuesta de arreglo definitivo. Además, el general Narbonne, ayudante de campo de Napoleón, salió para el cuartel general de Alejandro, con el fin de convencer al Zar de las pacíficas disposiciones de Francia, y al parecer, para intentar traerlo a Dresde. Al arzobispo de Malinas se le encomendó la tarea de encauzar los sentimientos patrióticos de los polacos. Al rey de Sajonia, que temía perder su Gran Ducado, se le dieron seguridades y la esperanza de una sólida compensación.

Los regios y principescos visitantes comentan extrañados la ausencia del rey de Prusia en Dresde. Pronto se rumorea que la corte imperial era, en cierto modo, lugar vedado para el monarca prusiano. Éste no sabe qué hacer; teme que su presencia pueda resultar embarazosa. Pero al fin, aconsejado por Narbonne, se decide a comparecer. Cuando anuncian su visita, el Emperador, de momento, rehúsa recibirle: «¿Qué pretende aquel príncipe? ¿No le basta con sus cartas inoportunas y sus continuas quejas? ¿Es que además tiene que amargarle la vida con su presencia?» Pero Duroc insiste: En su pugna con Rusia conviene que Napoleón pueda disponer del apoyo prusiano. Este argumento convence al Emperador. Las puertas de la Corte se abren ante Federico-Guillermo, a quien se trata con las deferencias debidas a su rango. Sus protestas de adhesión son aceptadas.

Alguien dijo que Napoleón prometió al monarca prusiano las provincias limítrofes entre su reino y los dominios del Zar. Incluso se aseguró que al ser ocupados aquellos territorios por los franceses, el rey de Prusia pidió a Napoleón la entrega de los mismos. Hablóse también, aunque vagamente, de que Napoleón había ofrecido al príncipe real de Prusia la mano de una de sus sobrinas. Tal era el premio de los servicios que iba a prestar Prusia en aquella guerra: Federico-Guillermo, convertido en aliado del Emperador, podría conservar su frágil corona. Lo que no se sabe es si aquel emparentamiento despertaba el entusiasmo del rey de Prusia, al modo como había ilusionado al rey de España, Fernando VII, una propuesta similar. Por el momento, Napoleón esperaba el resultado de las negociaciones de Louriston y del general Narbonne. Pensaba que su sola presencia y el formidable aspecto de su ejército, a más de las alianzas confirmadas en Dresde, bastarían para que Alejandro entrara en razón. Pero pocos días después, en Posen, Napoleón sabría a qué atenerse: «Puesto que la reunión de Dresde no ha traído al Zar por los caminos de la paz –confió al general Dessoles–, no hay más remedio que ir por los de la guerra».

En el fondo, aquel intento de negociar no tendía solamente a procurar la paz; era también un ardid de guerra. Con ello esperaba Napoleón distraer a los rusos hasta el punto de que se dejaran sorprender con sus fuerzas diseminadas, o bien que su presunción les llevase a esperarle con el ejército agrupado en un solo punto. En uno u otro caso, la guerra podría terminar con un golpe decisivo y victorioso. Pero mientras lle-

gaba este momento, el Zar negábase a recibir a Lauriston. En cuanto a Narbonne, dijo a su regreso que había encontrado a los rusos ni abatidos ni jactanciosos. De todo lo que el Zar le había dicho, sacaba la conclusión de que a una paz vergonzosa prefería la guerra; que no era de esperar que los rusos se atreviesen a comprometer su suerte en una batalla campal contra un adversario demasiado poderoso; que en suma, Rusia estaba dispuesta a todos los sacrificios y que resistiría hasta lograr que Napoleón renunciase a la victoria.

El Emperador, encontrándose en el pináculo de la gloria, no hizo caso de aquellas advertencias. A decir verdad, fue cierto gran señor ruso quien mayormente contribuyó a desorientar al Emperador: por error o fingimiento, aquel moscovita logró persuadirle de que el Zar se desanimaba cuando las cosas no iban bien, y que un revés serio lo hundiría moralmente. El recuerdo de las facilidades que Alejandro dio en Tilsit y en Erfurt contribuyó a que el Emperador de Francia diera por buena la versión del ruso.

Impaciente por vérselas con el ejército del Zar y por librarse de los obsequiosos alemanes, Napoleón abandonó Dresde el 29 de mayo. En Posen se detuvo nada más que el tiempo necesario para evitar que los polacos se sintieran ofendidos. Pasa de largo por Varsovia, donde no le llamaban los asuntos de la guerra y en cambio hubiera vuelto a tropezar con la política. Hizo una parada en Thorn para inspeccionar las fortificaciones, los depósitos militares, y la tropa. En Thorn podía escucharse el clamor de protesta de los polacos, a quienes nuestros aliados insultaban y sometían a brutales exacciones y saqueos. Napoleón dirigió severos reproches al rey de Westfalia y hasta incluso le amenazó. Pero todos sabían que sus enfados no eran de temer: después del primer impulso iracundo, los coléricos accesos del Emperador se calmaban pronto y no tardaba en volver a su natural conciliador; parecía incluso, que, arrepentido, buscarse la forma de reparar el dolor causado. Por otra parte, él mismo tenía parte de culpa en cuanto a los desórdenes que tanto le irritaban: en toda la ruta, desde el Oder al Vístula, y luego hasta el Niemen, los almacenes de víveres estaban bien provistos; pero faltaba el pienso, más difícil de transportar. Nuestros jinetes, para dar alimento a sus caballos, se veían obligados a cortar la cebada que verdeaba en los campos, o a despojar de su paja la techumbre de las cabanas. Bien es verdad que los merodeadores no se limitaban a forra-

jean; pero cuando se autoriza un abuso ya no es posible precaver que se produzcan otros.

Desde Thorn, Napoleón se dirigió al Vístula. Evitó pasar por la ciudad de Graudentz, que pertenecía a Prusia. Aquella plaza fortificada resultaba esencial para la seguridad del ejército. Con el pretexto de instalar una fábrica de cartuchos se había enviado a la misma un oficial de artillería con algunos soldados; aunque otro era el motivo auténtico. La guarnición prusiana, muy numerosa, se puso en estado de alerta; pero el Emperador no llevó más adelante su plan de ocuparla.

En Marienburgo, Davout aguardaba al Emperador. Fuera por orgullo, natural o adquirido, este mariscal sólo reconocía por jefe al que lo era de toda Europa; por otra parte, era de carácter resuelto y tenaz, que no se plegaba ni ante las circunstancias ni ante los hombres. En 1809 había operado bajo las órdenes de Berthier, y gracias a que desobedeció a su jefe salvó al ejército de la derrota. Desde entonces, los dos mariscales se odiaban cordialmente; si bien lo disimulaban, y solían mantenerse alejados uno del otro; Berthier, durante el período de paz, se encontraba en París, y Davout en Hamburgo. En la campaña de Rusia volverían a enfrentarse.